

EL COMPROMISO COMO DOCENTE Y LA NIEVE DE LIMÓN

*Mtro. Francisco Javier Romero Luna
Docente TC de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP.*

Este no es un trabajo académicamente rimbombante o erudito, es más bien un texto eminentemente reflexivo basado en la práctica docente diaria y las respuestas a cuestionamientos como: ¿Qué es el compromiso docente y qué implica? ¿Qué diferencia existe entre responsabilidad y compromiso? ¿Hasta dónde debe llegar el compromiso como docente? Al encontrar y presentar una o varias respuestas a las interrogantes planteadas se pretende, principalmente, hacer reflexionar o sensibilizar a toda aquella persona que está frente a un grupo escolar de cualquier nivel y que se considera: “docente, profesor, educador o maestro” para que a partir de las ideas que de aquí rescate, pueda o quiera **adquirir un compromiso** en su trabajo diario.

Siempre es momento para hacer un alto, para detenerse un poco a reflexionar, a cuestionarnos sobre nuestro diario trabajo como docentes y sus implicaciones en nuestra vida dentro y fuera del aula, pues: “pensar la educación y formación de los individuos en terreno estrictamente académico no siempre es fácil. Todos los seres humanos a lo largo de nuestra existencia estamos relacionados con el conocimiento y con el aprendizaje, todo nos sirve para integrar saber y transformar nuestras actitudes ante la vida; sin embargo, bien sabemos que no es lo mismo el aprendizaje espontáneo, el empírico frente al sistematizado y organizado. Este último es el que debe sustentar la formación académica que escuelas, institutos y universidades ofrecen a los educandos con la finalidad de formar a los técnicos y profesionistas del futuro quienes, aunque suene como frase hecha: tendrán sobre sus hombros la responsabilidad de sostener el desarrollo y la economía de nuestro país, el desarrollo y economía personal, el crecimiento como seres humanos y ciudadanos **comprometidos** con su entorno” (Alcalá, 2002). Es decir, si empezamos por entender, que como docentes tenemos en nuestras manos a **un sujeto, a un ser humano** para colaborar, apoyar, participar o influir, en su educación y en su formación, podremos comprender la esencia de nuestro **compromiso docente** que radica, no sólo en nuestra formación, sino, fundamentalmente en las tareas desarrolladas diariamente en el aula enfocadas a **lograr la generación de un cambio conductual en los alumnos** que están en nuestras manos y bajo nuestro ejemplo.

Precisamente, con la finalidad de que, como docentes, nos identifiquemos o ubiquemos qué rol o modelo desempeñamos en el aula; presento a continuación una visión panorámica de la evolución de la educación formal donde se plantean diversas denominaciones otorgadas a los que se dedican a la tarea docente, según Gauthier y Tardid (1996).

Para empezar describiré algunos rasgos que caracterizan al *maestro natural*. Podemos darnos cuenta que, a pesar de ya estar en el siglo XXI nos seguimos encontrando docentes considerados como tal, puesto que sólo se dedican a

trasmitir un saber, un conocimiento, a cumplir con un horario, con un programa escolar y su responsabilidad máxima es “llenar” de conocimientos el cerebro de sus alumnos.

En este modelo, “se considera que el conocimiento puesto en la mente es acumulativo, y el conocimiento posterior va edificándose sobre el conocimiento que ya existía. Mayor importancia tiene la suposición de que la mente del niño es pasiva, como un receptáculo que está aguardando a que lo llenen. En este cuadro no entra la interpretación activa o constructiva. La tendencia didáctica mira al niño desde el exterior, desde la perspectiva de una tercera persona, en lugar de tratar de entrar en sus pensamientos” (Bruner, 1997).

Este docente cree que está desempeñando de manera adecuada, responsable y **comprometida** con su labor docente y lo seguirá creyendo mientras no se quiera dar cuenta que esa modelo didáctica no está vigente y mucho menos es aplicable de acuerdo con los retos y la visión pedagógica de nuestros días que nos exige ver a los alumnos como *sujetos pensantes, analíticos y capaces de procesar la información para aplicarla en la transformación de su entorno*. Docentes con una visión unilateral, sabelotodo y cuyo “prestigio” se basa en una figura de “genio” que presume alumnos “modelo” por la cantidad de conocimientos adquiridos y exámenes resueltos a la perfección y que sólo quiere que el estudiante conozca, sepa y aunque no entienda; ese docente, en la actualidad hace daño, perjudica y entorpece la verdadera formación y educación de un ser que es totalmente pensante.

Continuando con la revisión descriptiva de las características de los docentes que considero **no comprometidos con su tarea y mucho menos con sus alumnos**; hablaré del *maestro artista* (Gauthier, 1996), quien, en comparación con el anterior, sí le interesa la participación de sus alumnos, sí los hace colaboradores del proceso de formación sólo que como sujetos activos y no reflexivos, es decir; “ver a los alumnos como aprendices que nos imitan, es la adquisición del saber hacer. Cuando un maestro demuestra o enseña una actividad eficaz que exige ser hábil al niño, su demostración está basada implícitamente en la creencia del adulto en que el niño no sabe cómo hacer y que puede aprender si alguien que sabe y tiene experiencia le muestra... Los docentes suelen convertir sus propias acciones demostrativas en actuaciones que muestren vivamente lo que se necesita para hacer las cosas bien... (Bruner, 1997). Se cataloga como un docente experimentado por el dominio de su materia o asignatura, así como el manejo y aplicación de las más novedosas teorías pedagógicas que busca implementar siempre en clase. Le interesa demasiado estar a la vanguardia, por no decir “a la moda” en lo referente a estrategias pedagógicas que pretende dominar o especializarse en ellas para convertirse en un “experto teórico”.

Este tipo de docente es muy común identificarlo y mucho más encontrarlo, es considerado socialmente como “buen maestro” porque **sí está comprometido con una parte de su tarea docente**: “enseñar para que sus alumnos aprendan”. Pero, qué, por qué, y para qué aprender no se razona, ni se involucra al estudiante

en esa reflexión, porque él, como experto y guía, lo decide todo. Es decir, no existe la otra parte del compromiso docente, la de tomar en cuenta a sus alumnos, no sólo como “objetos” que reciben, aprenden y practican conocimientos, sino como individuos capaces de hacer vida sus aprendizajes, aplicarlos en su educación y formación para la transformación de su realidad.

El *maestro científico*, siguiendo a Gauthier, es parecido, al anterior, por el estricto cumplimiento de los programas y de la transmisión de un vasto número de conocimientos, pero, diferente porque este último desempeña su labor docente apoyado en la idea de que “el alumno aprende a base de que se les expongan: hechos, principios y reglas de acción que tienen que aprender, recordar y después aplicar” (Bruner,1997). Enseñar de esta manera es suponer que los alumnos ignoran casi todo y que todo lo que deben “saber” está, principalmente, en la mente del profesor, así como en los libros, mapas, bases de datos etc. Por lo que, presentándoselos para que se los aprendan es más que suficiente. Su principio básico es “Al conocimiento se le debe `ver` o `escuchar`. Es un corpus explícito, una representación de lo que se debe conocer”. Hasta aquí, sólo he analizado las características de docentes **no comprometidos y medio comprometidos**, ahora hablaré de los más comprometidos y de los totalmente comprometidos. Y, seguramente, se harán una pregunta: ¿qué tiene que ver todo lo dicho con la nieve de limón? Por favor, esperen al final y lo sabrán.

Así que, ¿cuáles serán los docentes más comprometidos y cuáles serán sus características?. Como dice el conocido refrán; “para muestra basta un botón”, por lo que aquí, siguiendo la clasificación de Gauthier, *el maestro animador-terapeuta* es el mejor ejemplo de docente **más comprometido** tanto en su labor como con sus estudiantes. Este docente empieza por cuestionarse de manera cotidiana algunos aspectos primordiales: ¿cómo formar y educar al mismo tiempo, qué enseñar, por qué y para qué enseñar, cómo involucrar al estudiante como sujeto activo del proceso pedagógico, cómo apoyarlo a enfrentar su problemática personal, familiar y social?. Pero, no sólo quedarse en cuestionamientos, sino encontrar las repuestas para generar acciones y llevarlas a la práctica dentro y fuera del aula.

Este tipo de docente, no es un psicólogo, un trabajador social, un guía espiritual o algo parecido, no, es más bien un sujeto que está consciente que el proceso pedagógico es “un constante interactuar con otro sujeto, que cuenta con otras y menos experiencias, con diferentes conocimientos, pero, con actitudes y capacidades potencialmente iguales y que exige una comunicación para la adquisición de conocimientos y un compartir experiencias para el logro de una formación integral (física-mental y espiritual) que le permita enfrentar y modificar su realidad” (Romero,2002).

El compromiso de este docente, no sólo es impartir conocimientos, comprobar y demostrar que sus alumnos aprendieron, sino que va más allá, empieza por concienciar a los estudiantes de la importancia y utilidad real de los conocimientos a impartir, después busca las estrategias didácticas adecuadas para que sean

recibidos, intercambiados y retenidos; y por último busca detectar la problemática (endógena o exógena) que impide a sus alumnos un adecuado desarrollo de su proceso de formación para, de ser posible, dar alternativas de solución a los casos o canalizarlos a los especialistas (Trabajadores Sociales, Psicólogos, Orientadores etc.) Y llegamos al final **¿cómo es o debe ser un maestro totalmente comprometido con su tarea docente?** Sin duda, no es fácil responder con plenitud a este cuestionamiento, sin embargo, haré el mejor esfuerzo para describir las características principales de este tipo de docente que, siguiendo a Gauthier, se denomina *maestro profesional*, éste “debe tener como punto de partida el conocimiento y reflexión de su tarea, de manera tal que pueda proveer a sus alumnos y alumnas de condiciones favorables al logro de la experiencia del aprendizaje, a partir del diseño de sus cursos... aquí se define al docente como un ser capaz de justificar sus acciones en la racionalidad, considerando siempre su experiencia, los principios que posee, sus capacidades, alcances y limitaciones, sus conocimientos y sus estrategias didácticas” (González, 1999).

Entonces, el *docente profesional*, el que debe estar **totalmente comprometido con su práctica diaria** debe partir siempre de una reflexión sobre su hacer, traducido a la precisión de: intenciones o propósitos, las acciones y la evaluación, así como la constante práctica de la investigación en el desarrollo y accionar del proyecto educativo. Que se traduce en la realización efectiva de la “Investigación-acción entendiéndola como la reflexión y estudio continuo -antes, durante y después- que podemos efectuar en nuestras prácticas concretas de enseñanza-aprendizaje, con el fin de hacer los ajustes y/o modificaciones en el diseño (rediseño) a partir de los resultados que emanen de la práctica cotidiana en el aula” (González, 1999).

Las consideraciones anteriores apuntan a la necesidad de que los docentes nos planteemos como tarea esencial el diseño de nuestros propios cursos, dada la oportunidad que esto nos ofrece para profesionalizar nuestra tarea y, además, como forma de participar en la construcción de los proyectos educativos institucionales (currículum) orientados al logro de una educación de calidad.

El hablar de una educación de calidad implica que los docentes seamos personas pensantes y comprometidas con la educación misma (evolución teórica y práctica), con los avances de la ciencia y la tecnología, y con la evolución de los procesos sociales. Debemos partir del análisis y la reflexión personal sobre el contexto que nos toca vivir, a fin de que podamos conformar nuestras concepciones propias del hombre y de la sociedad, que conforman un marco de referencia para la mejor realización de nuestra tarea docente. Además de lo anterior, no debemos olvidar que la educación es un proceso esencialmente social, y por lo tanto no puede construirse individualmente, sino que requiere de la participación y el enriquecimiento del trabajo colectivo, la consulta, la retroalimentación de los colegas e incluso de los puntos de vista de los alumnos, que pueden darnos ideas u orientarnos en el desarrollo de nuestra tarea docente y el cumplimiento de nuestro **verdadero compromiso ético**.

Después de haber escuchado estos, como las llamé desde el inicio “reflexiones” o “ideas generadoras de conciencia”, se preguntarán: ¿realmente existirán los **docentes totalmente comprometidos** y sobre todo los considerados **verdaderos profesionales de la educación**? Y su respuesta, seguramente será que no, inclusive, algunos expresarán: que todo lo anterior es solamente rollo, que no es posible hacerlo realidad y mucho menos que algún docente, ni el ponente, lo lleven a la práctica dentro o fuera del aula. Por lo que no dudarán en concluir: “¡Aja, y tu nieve de limón de qué la quieres”.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCALÁ, Esqueda Rosa María, 2002: *Curso de Didáctica general*. Instituto Anglofrancés, Puebla, México.
- BRUNER, Jerome S., 1997: “Pedagogías de uso común”, en *The culture of education*, Mass, Harvard University Press.
- DICCIONARIO de la Lengua Española, 2000, Cultural, Madrid, España.
- GAUTHIER, C. Y M. Trdiff, 1996: *La Pedagogie Théories et pratiques de kantiquè a nos jours*, Gaètan Morin, Montreal, Canadá.
- GONZÁLEZ, Capetillo Olga y Manuel Flores Fahara, 1999: *El trabajo Docente*, Trillas-ILCE, México.
- ROMERO; Luna Francisco Javier, 2002: *¿Qué es eso de ser maestro?*. Ponencia: